

## **LA CARTA DE JUAN DE LA COSA: INTERPRETACIÓN E HISTORIA**

Luisa MARTÍN-MERÁS  
Jefe de la Sección de Cartografía  
Museo Naval de Madrid

### **Estado de los conocimientos geográficos en el siglo XV**

En el último tercio del siglo XV, Europa conocía muy poco del resto del mundo; por Occidente se extendía el misterioso Océano Atlántico del que sólo recientemente se habían descubierto algunas islas. Sobre los fabulosos y ricos países de Oriente había vagas y confusas historias aportadas por mercaderes y clérigos. Los conceptos geográficos de Ptolomeo, cuyo sistema tenía a la tierra como centro del universo, eran los únicos aceptados por los cosmógrafos, filósofos y por la Iglesia. Esta situación se alteró en un espacio de tiempo increíblemente corto y en menos de 25 años el mundo conocido de los europeos se ensanchó de una manera sorprendente. En este tiempo de acelerados descubrimientos científicos, Copérnico dio a conocer su teoría del heliocentrismo, caracterizada por la simplicidad en la explicación de los fenómenos celestes y, debido a esto, y con bastantes reticencias al principio, la era de Ptolomeo y el geocentrismo empezó a declinar. Este período de la historia que podemos denominar como la edad de oro de la geografía después del lapso de obscuridad del medievo, comenzó con las primeras navegaciones de los portugueses y andaluces por las costas de África. La fecha de 1492 si bien es fundamental en la era de los descubrimientos atlánticos, no fue más que la conclusión del proceso que se inició, como ya hemos dicho, en el segundo tercio del siglo XV con las exploraciones de castellanos y portugueses en las costas de África.

Estas exploraciones supusieron un replanteamiento y revisión de la técnicas de navegación y pilotaje empleadas hasta entonces. El arte de la navegación se había desarrollado eficazmente en el Mediterráneo por el método del rumbo y la distancia, es decir, manteniendo un rumbo establecido con ayuda de la brújula que medía el ángulo entre la proa de la embarcación y el norte magnético obtenido con la brújula y medido sobre una división del horizonte en 32 partes, vientos o rumbos. La distancia se calculaba a ojo y se medía en leguas marinas, que en España mantenía generalmente la proporción de 17,5 leguas, al

grado. Cada legua se dividía en 4 millas romanas. Además los accidentes costeros estaban siempre a la vista del marino, sirviéndole de indicación.

Pero en las navegaciones por el Atlántico se pudo comprobar que este método de navegación costera no era el apropiado para un mar abierto y desconocido donde era absolutamente necesario navegar largas distancias y largos periodos de tiempo sin avistar la costa. Por esta razón, a partir de mediados del siglo XV los navegantes portugueses comienzan a observar las corrientes marinas y los diversos regímenes de los vientos, primeros pasos hacia el conocimiento de la geofísica de las grandes masas oceánicas; también se perfecciona y progresa la técnica de la construcción naval y el arte de navegar se va acercando lentamente al ideal de una práctica cada vez más segura.

Así pues, el progreso geográfico fue posible gracias al desarrollo, a finales del siglo XV, de la ciencia y arte de navegar y a la invención de un método para determinar la latitud en alta mar por la observación de un cuerpo celeste con instrumentos contruidos al efecto, lo que llevó a los marineros a adaptar el astrolabio terrestre, utilizado de antiguo por los astrónomos en mediciones en tierra firme, para que cumpliera la misma función en el mar.

La nueva navegación astronómica que recurría a observaciones de astros a bordo de las naves, implicó el desarrollo de una nueva cartografía con meridianos graduados e indicación de las latitudes. Para realizarla, los navegantes ibéricos se basaron en los únicos modelos científicos que tenían a mano, es decir las cartas portulanas mediterráneas, especialmente las producidas por la escuela catalano-mallorquina.

La cartografía de los inicios del siglo XVI está íntimamente ligada a todas estas innovaciones náuticas; en este sentido la introducción de la escala de latitudes en las cartas náuticas, colocada en el Océano Atlántico, fue desde el punto de vista de la cartografía científica, el acontecimiento más importante de la primera mitad del siglo XVI. La idea de introducir una escala de latitud en las cartas náuticas, que ya tenían los mapas de Ptolomeo, tuvo que ser lógicamente posterior al descubrimiento de la manera de hallar la latitud en el mar por medio de la observación de astros con instrumentos adecuados.

De hecho las cartas, realizadas por el sistema de representación tradicional en el Mediterráneo son cartas que conservan los ángulos terrestres si se trazan los rumbos por líneas rectas, usando la rosa de los vientos y las distancias medidas por el tronco de leguas, pero que dejan de serlo si el trazado de los rumbos se hace entre puntos en cuya posición interviene la latitud.

En estas cartas se observa que los grados de longitud en el Mediterráneo son prácticamente iguales a los de latitud observada en el Ecuador. Parece ser que los cartógrafos portugueses cuando necesitaron reflejar los nuevos descubrimientos oceánicos en las cartas, adjudicaron el mismo valor del grado de longitud, medido en el Mediterráneo a la latitud en cualquier lugar del globo, con lo que consiguieron una carta de grados iguales o más bien una proyección cilíndrica, rectangular o equidistante, más perfecta que la de Marino de Tiro, usada en los portulanos del Mediterráneo.

Pronto se descubrió que estas cartas con graduación de latitudes iguales, no respondían a una representación conforme de la esfera terrestre sobre un plano. A pesar de esto, las cartas planas cuadradas se utilizaron durante un siglo para la navegación porque no se encontró otra alternativa hasta la invención de la proyección Mercator y porque los errores cometidos en latitudes medias no eran muy sensibles en relación con la exactitud obtenida por los instrumentos náuticos del siglo XVI.

Las nuevas tierras descubiertas fueron dibujadas según su posición por la estima y a veces corregida por la observación de latitudes. Sin embargo la determinación de la longitud era imposible en aquellos primeros siglos y la declinación magnética, desconocida y considerada como un misterio por lo que la colocación de las tierras recién descubiertas en las cartas cada vez con más exactitud fue una larga tarea que ocupó los siglos XVI y XVII.

### **La Casa de la Contratación de la Indias: su organización científica**

La Casa de la Contratación de las Indias de Sevilla fue otra consecuencia de los descubrimientos atlánticos y fue creada por Real Cédula del 14 de febrero de 1503 como un lugar donde centralizar el comercio y organizar las flotas para las Indias, recién descubiertas.

En función de estas necesidades, se nombraba un factor, un tesorero y un escribano para atender los aspectos puramente mercantiles y de contratación. Pronto se vió la necesidad de dotar a esta empresa comercial de un aparato científico que suministrara a los navegantes instrumentos náuticos apropiados para cruzar el Atlántico con seguridad, y recibiera de éstos, información de primera mano sobre las tierras que iban descubriendo.

La organización científica de esta institución descansa en un primer momento sobre el Piloto Mayor que debía examinar a los pilotos que iban a las Indias y sellar y dar el visto bueno a las cartas que, de acuerdo con el Padrón Real, había hecho el cosmógrafo de hacer cartas de marear. El cargo de Piloto Mayor, el primero que se crea, se legisla por Real Cédula de 1508 y recae sobre Américo Vespucio, descubridor y cosmógrafo, sucediéndole Juan Díaz de Solís en 1512 y Sebastián Caboto en 1518.

El piloto mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla fue el sistema central de los estudios geográficos de la institución pero, con el paso del tiempo, parte de las tareas que tenía asignadas se repartieron en dos cargos de nueva creación que fueron: el de cosmógrafo de hacer cartas de marear y fabricar instrumentos de navegar, creado en 1523 y el de catedrático de Cosmografía, instituido por Real Cédula de 1552.

El cosmógrafo de hacer cartas de navegar y fabricar instrumentos estaba directamente encargado de hacer las cartas y después de selladas por el piloto mayor, de entregarlas a las flotas que iban a Indias. El primer cosmógrafo de hacer cartas de navegación y de fabricar instrumentos, nombrado por R. C. de 1 de julio de 1523, es el portugués, naturalizado español, Diego Ribero y le sucedió en 1528 Alonso de Chaves.

En 1508 se mandó por Real Cédula a Américo Vesputio que se hiciera un padrón real que sería el patrón o modelo de carta de navegar al que sólo los cosmógrafos oficiales tendrían acceso y quedaría en la Casa de la Contratación.

Este documento se renovaba y corregía cada cierto tiempo con las novedades que traían los pilotos que, una vez contrastadas en juntas de pilotos, se incorporaban al padrón oficial. Para más comodidad y detalle geográfico el padrón real estaba dividido en seis partes, llamadas también padrones o cuarterones.

El padrón real empieza siendo una carta portulana mallorquina a la que se le incorporan las nuevas tierras descubiertas, una escala de latitudes, la representación de los círculos mayores, y un Ecuador graduado.

El prototipo de toda la cartografía de la Casa de la Contratación lo encontramos en la carta de Juan de la Cosa de 1500, que este año cumple 500 años y que pasamos a describir.

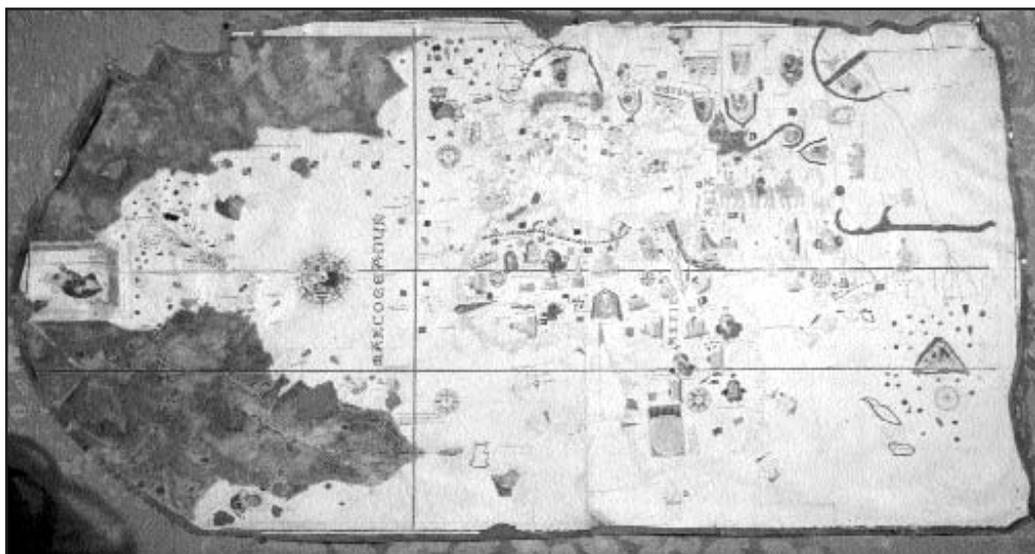


Fig. 1: Carta de Juan de la Cosa 1500

La carta de Juan de la Cosa, es una carta manuscrita en colores, que mide 93 cm de alto por 183 de ancho, está dibujada sobre dos trozos de pergamino de piel de ternera o vitela, pegados por el centro, cuya unión pasa por Italia y África. El tamaño es irregular ya que la parte izquierda corresponde al cuello del animal. Está firmada y datada, como es habitual en las cartas portulanas en la parte más estrecha de la piel que correspondía al cuello del animal, en el margen izquierdo de la carta y en una sola línea en dirección N-S, *Juan de la Cosa la hizo en el puerto de Santa María en anno de 1500*, debajo de una imagen religiosa que solía ser la de la Virgen o Cristo crucificado y en esta ocasión es la de San Cristóbal que desplaza a la tradicional representación de la Virgen y el Niño que aparece en otro lugar.

Aunque, como es lógico carece de coordenadas geográficas, está dibujada la línea del Ecuador y la del trópico de Cáncer, así como el meridiano que pasa por las Azores que fue tomado como referencia geográfica para establecer la línea divisoria de los dos países ibéricos en el tratado de Tordesillas. La organización de las líneas de rumbos gira en torno a dos rosas de los vientos de 32 direcciones, centradas en la línea del Ecuador, una al sur de la península de la India y otra mayor en medio del Atlántico que enmarca una representación de la Virgen y el Niño, pegada al pergamino. Estas dos rosas son el centro de dos circunferencias determinadas por 16 rosas de los vientos, que en este caso no se cortan como en otras cartas posteriores sino que son independientes unas de otras. La carta está decorada a la manera de las cartas portulanas de la escuela mallorquina, con reyes con los símbolos de su poder, banderas y ciudades. El preste Juan de las Indias en África, cerca de la actual Etiopía y los reyes magos en Asia, son un ejemplo.

Dos escalas de leguas están colocadas los márgenes superior e inferior, en el océano Atlántico y expresan leguas, cada una de la cuáles valía 4 millas romanas; aunque el valor de la milla varió a lo largo de los siglos, parece que cada legua en la carta medía 1480 metros.

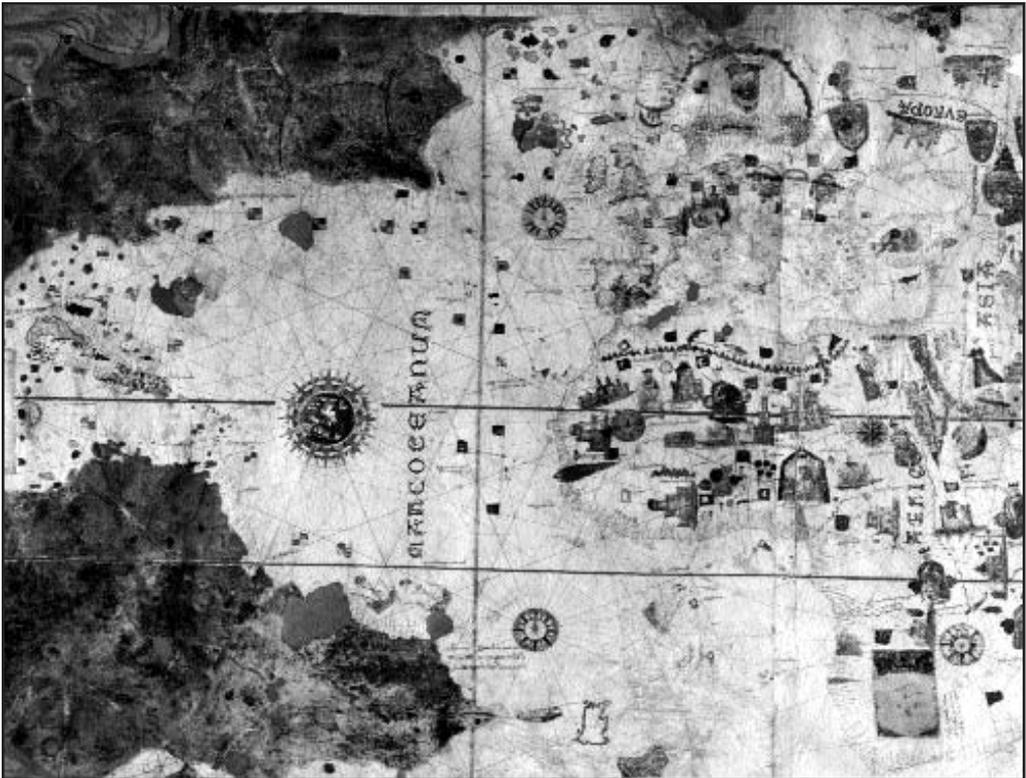


Fig. 2: Vista parcial de la carta de Juan de la Cosa

Hay, sin embargo que señalar que la carta está construida de una manera poco ortodoxa pues no se ha guardado conformidad en la escala, resultando la parte de América notablemente ampliada con relación al resto de la carta<sup>1</sup>.

En el margen inferior, a la derecha, aparece una cartela en blanco que debía estar reservada para la dedicatoria o para alguna leyenda que al final no se incluyó.

Se observa en la delineación de la carta la abundante información geográfica de la zona que abarcaban los portulanos esto es Europa y la cuenca mediterránea.

En lo que respecta a África y Asia, como bien ha señalado Humboldt, en la Edad Media costaba asimilar descubrimientos que no estuvieran ya indicados por las fuentes clásicas y debemos recordar que Ptolomeo consideraba el océano Indico como un todo, con África en el oeste, en el norte Asia y en el sur y sudeste habría una tierra llamada Terra Australis Incógnita cuya representación se ha repetido en los mapas hasta el siglo XVIII. Así pues, aunque los marinos y exploradores habían dejado constancia de sus descubrimientos, la mente de los geógrafos estaba anclada en las viejas representaciones de la Tierra y, tras un período de duda y vacilación, volvieron a las antiguas concepciones por lo que a mediados del siglo XVI no se conocía la forma de la península de la India, a pesar de que había sido explorada y descrita desde tiempos de Alejandro Magno.

Por el contrario, los descubrimientos de Vasco Nuñez de Balboa en el Pacífico y de Cortés y Pizarro en América fueron correctamente incorporados a los mapas en un corto espacio de tiempo.

En la carta de Juan de la Cosa toda la información de las costas de África procede, en mayor o menor medida, de fuentes portuguesas. La costa occidental africana alcanza una notable perfección que va disminuyendo en el trazado de la costa oriental que acababa de contornear Vasco de Gama en su viaje a la India de 1497-1499.

Vasco de Gama pasó el cabo de Buena Esperanza en 1497, las deformaciones la costa oriental africana provienen del trazado que hicieron los pilotos portugueses sobre todo desde Mogadiscio cuando perdieron de vista esa costa para ir a Calicut y copiaron informaciones proporcionadas por los habitantes africanos que en algunos casos no entendieron. Encontramos un recuadro vacío en el Sur de África que debía tener un escudo de Portugal pero que ha debido despegarse y al lado una explicación que dice: "Hasta aquí descubrió el excelente rey D. Juan de Portugal" en referencia al viaje de Bartolomé Días.

Los viajes de los portugueses, que tuvieron lugar desde 1487 y cuyos hitos principales en relación con el continente asiático fueron: 1515, conquista de Malaca; 1516, año de la expedición a China y 1542, llegada al Japón, supusieron doblar el cabo de Buena Esperanza, reconocer la costa E. de África, llegar hasta Melinda y Calicut, Ceylan, islas de la Sonda, Malaca, Socotora, Ormuz, y golfo de Persia, la India, China y Japón. En la carta, debajo de la península indostánica encontramos una nota que dice: Tierra descubierta por el rey D. Manuel, rey de Portugal, en referencia al viaje de Vasco de Gama.

## La representación cartográfica de América en tiempos de la carta

Colón murió con el convencimiento de que las tierras descubiertas formaban parte de Asia pues los geógrafos clásicos pensaban que un gran océano rodeaba las tierras del este de Asia, llegando hasta la península Ibérica. Esta creencia está expresada en los mapas que dibujan el Norteamérica unida a Asia.

La frontera geográfica de los portulanos terminaba con la representación de las islas Canarias, Azores y Madeira y con una serie de islas fabulosas en el Atlántico, cuyos nombres encontramos repetidos en América, pues los conquistadores llevaron consigo sus fantasías geográficas. Entre ellas estaba la ínsula de Brasil, colocada unas veces al O. de Irlanda y otras al lado de las Azores, que según la leyenda no podía ser vista más que por los elegidos. A menudo la circunferencia de la isla parece estar trazada con un compás y en su interior suele haber un gran lago rodeado de islas. Otras veces está dividida en dos por un estrecho. La isla aparece en algunos portulanos, pero muchas veces se omite la designación ínsula de Brasil. Al sur de esta isla y más cerca de la tierra irlandesa suelen dibujar otra isla, la ínsula de Mam o isla de Mayde. Al sur de la isla de Mam colocan una gran isla que es llamada Antillia y que alterna su lugar, como la de Brasil; bien, cerca de Irlanda, bien al lado de las Azores. La isla de Antillia se consideraba la isla de las siete ciudades, adonde habría llegado en el siglo VIII el obispo de Oporto con otros seis obispos portugueses huyendo de los moros y donde habrían fundado siete prósperas ciudades.

La isla de San Brandán aparece casi siempre encima del Ecuador, aunque también está situada en algunos mapas cerca de Irlanda. Su existencia se debe a una leyenda sobre el viaje de unos monjes irlandeses del siglo VI. Otras islas míticas son: Drog, Escotiland, Frisland, Icaria, Thule, etc. Estos territorios fantásticos permanecen en la cartografía hasta un siglo después del viaje de Colón y veremos que los descubridores de América creyeron ver algunas de sus míticas cualidades en las nuevas tierras que iban encontrando. Sin embargo la información geográfica proporcionada por la carta de Juan de la Cosa es siempre de primera mano, así, el trazado es claro y detallado en la zona de las Antillas, basado en los dos primeros viajes de Colón en los cuales fue Juan de la Cosa.

Se destaca la clara insularidad de Cuba, comunicada ya a Colón por los indígenas en el primer viaje y comprobada por el mismo Juan de la Cosa en 1499 cuando acompañó a Ojeda y Vesputio y constató en la isla la fuerza de la corriente del Golfo, frente a las opiniones de Colón, que consideraba que Cuba era el extremo occidental de Asia y así se lo hizo jurar a sus hombres.

La zona de costa descubierta al norte de las Antillas está dibujada de manera más imprecisa, pues, tanto las zonas continentales representadas por una masa amorfa verde, como la gran cantidad de islas distribuidas al azar, muestran que el cartógrafo no tenía información de primera mano, aunque sí le habían llegado las noticias de los descubrimientos de Juan Caboto en su

primer viaje, (1498) como se puede ver por las cinco banderas inglesas de la carta y la leyenda “tierra descubierta por Ingleses”.

Al sur de las Antillas está señalado el tercer viaje de Colón en 1498, el de Ojeda, Vespuccio y el propio Juan de la Cosa en 1499, los descubrimientos de Yáñez Pinzón con al indicación de “este cabo se descubrió en el año de 1499 por Castilla, siendo descubridor Vicens ians” y la tierra que descubrió Cabral como una isla en azul ya que el portugués la consideró isla y la llamó de Vera Cruz o Santa Cruz como aparece en algunos mapas. Algunos autores, entre ellos Ricardo Cerezo, creen que está señalado el 4º viaje en el que Colón que iba a buscar un paso hacia las Indias a través de centroamérica, en la zona donde está dibujado San Cristóbal, para llegar la isla de Trapobana, en la carta muy resaltada y ampliada.

La carta no es un mapamundi en el sentido tradicional del término y tal como son los de Ptolomeo en esa misma época sino una carta universal, recordemos que el autor escribió la *fizo*, como las que más adelante conformarían el padrón real ya que la parte de China continental y Japón no está representada sino que termina en la península de la India. A partir de este documento cartográfico el empirismo será una característica fundamental de la escuela de Sevilla que no concede lugar a la imaginación en la delineación de las cartas pues eran instrumentos de información para la próxima expedición descubridora y por tanto vitales para una buena navegación.



Fig. 3: Carta Universal de Pessaro [1506]



Todo esto no ensombrece la consideración de buen cartógrafo del santón pues no hay que olvidar que la carta está firmada y datada, cosa no muy corriente en la época donde la autoría no era fundamental y por otra parte fue elegido por Fonseca para hacerla cuando estaban todavía vivos y, algunos en Sevilla, todos los primeros descubridores algunos con fama de cosmógrafos como Vespucio, Díaz de Solís, Martín Alonso Pinzón, Andrés de Morales etc.

A pesar de todo esto la carta de Juan de la Cosa, que debió ser conocida por sus contemporáneos, no aparece citada ni descrita, si exceptuamos la referencia de Pedro Mártir de Anglería o Anghiera que dice “Fui a verme con el prelado de Burgos (Fonseca), patrono de estas navegaciones (...) Encerrándonos en una habitación tuvimos en las manos muchos indicadores de estas cosas, una esfera sólida con estos descubrimientos y muchos pergaminos que los marinos llaman cartas de marear (...) de entre todas conservan como más recomendables las que compuso aquel Juan de la Cosa, compañero de Ojeda”<sup>3</sup> con lo que podemos conjeturar que estuvo en poder de Fonseca hasta su muerte pero que desapareció pronto de España.

No se sabía nada más de ella hasta el año 1832 en que el barón de Walkenaer, embajador holandés en París la compró a un chamarilero que no sabía lo que le vendía. El barón la mostró en su círculo de amigos, siendo el barón de Humboldt el primero que la dió a conocer<sup>4</sup>, aunque dos años antes, en 1837 Ramón de la Sagra, ya había reproducido la parte de América y transcrito sus topónimos en un mapa litografiado en París titulado:

“Parte correspondiente a la América de la carta general de Juan de la Cosa, piloto en el segundo viaje de Cristobal Colón en 1495 y en la expedición de Alonzo de Hojeda en 1499 calcada sobre la original que posee el Sr. baron de Walkenaer para servir de ilustración a la historia política y natural de la isla de Cuba por D. Ramón de la Sagra. París 1837”<sup>5</sup>

En 1853 la biblioteca del diplomático fue puesta a la venta por sus herederos. Y el señor de la Sagra alertó al Ministerio de Marina de la importancia de que el documento se adquiriera por cuenta del Depósito Hidrográfico y quedase en España. El Ministerio de Marina trasladó esta inquietud al Gobierno que la hizo suya y comisionó al Sr. de la Sagra para personarse en la subasta que anunciaba que la carta de Juan de la Cosa era “el más interesante bosquejo geográfico que nos ha legado la Edad Media”

Henry Stevens<sup>6</sup> hizo una relación de cómo se desarrolló la subasta que reproducimos:

“En mayo 1853 tuvo lugar en París la subasta de Walkenaer. Encargué muchos libros para Mr. Brown<sup>7</sup> y Mr. Lenox<sup>8</sup> bajo mi responsabilidad, ya que no habían recibido el catálogo a tiempo. En esta subasta el nº 2904 era un gran mapa del mundo manuscrito por Juan de la Cosa, hecho en Santa María en España en el año de 1500, hecho famoso por Humboldt, entonces y ahora el más precioso documento cartográfico relativo al Nuevo Mundo. Mr. Brown apareció en Londres

justo entonces pero no pareció muy interesado en él. Así que yo determiné ir solo y dije a mi agente de París que ofreciera 1000 francos. Me replicó confidencialmente que sabía que una gran biblioteca extranjera, que yo pensé era el Museo Británico, había ofrecido mucho más que yo. Deseando asegurar el precio respondí que doblara la oferta. A vuelta de correos me contestó que 2000 francos ya no era bastante pues le habían asegurado que Mr. Jomard, de la Biblioteca Real de París sobrepasaría la oferta. Como el tiempo corría y mi ansiedad aumentaba, le escribí la noche antes de la subasta, que si le parecía bien doblara mi límite. Así que mi límite era 4000 francos. La reina de España ganó la apuesta por 4020 francos y yo tuve el honor de perder por una cabeza pero no pagué nada ni tampoco Mr. Lenox. El Museo Naval de Madrid (catálogo 553) conserva ahora este precioso documento geográfico mucho más valioso que el mapa portugués de Cantino ahora salido a la luz, con su Cuba duplicada y la falsa e hipotética geografía basada en relatos mal interpretados por los portugueses del primer y segundo viaje de Colón”<sup>9</sup> (la traducción es nuestra)

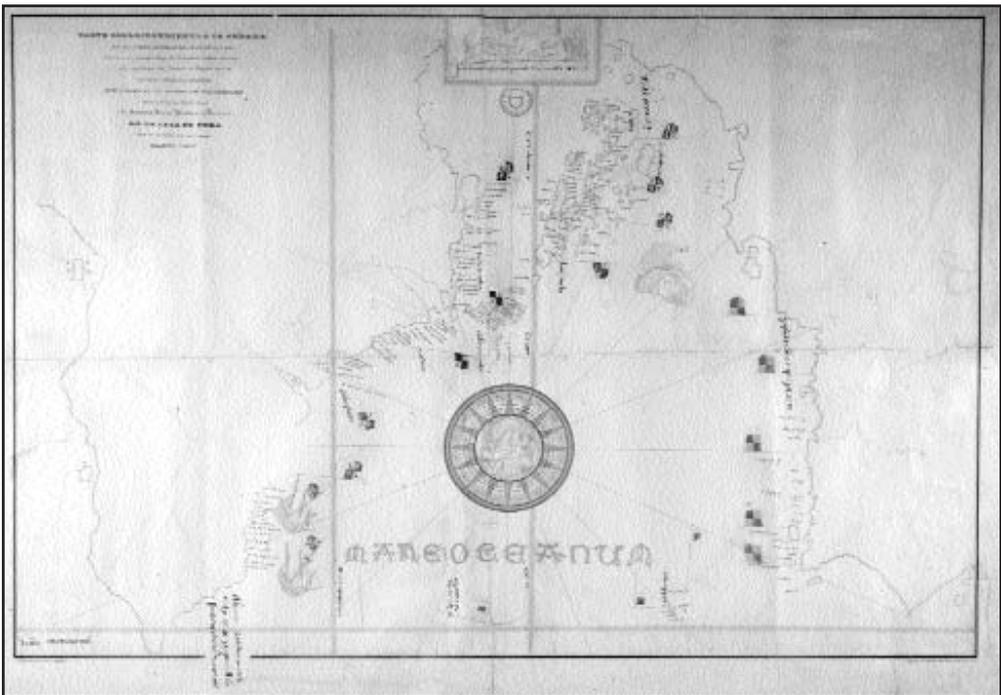


Fig. 5: Carta de Juan de la Cosa, reproducida por Ramón de la Sagra

La carta finalmente se compró por 4321 francos<sup>10</sup> y se expuso en la Sala de Descubrimientos del Museo Naval. Para instalarla convenientemente se enteló toda la superficie de la carta y se reforzaron con una piel de Rusia sola-

mente las partes perdidas del pergamino y el contorno de él, dejando una pequeña pestaña que servía para sujetarlo mediante chinchetas a un panel de madera contrachapada de 5 mm, recubierto de seda que actuaba como fondo del montaje. Todo iba enmarcado con un marco de roble tallado, con la cabeza de Colón en el centro de la parte superior y diversos motivos alegóricos, que fue hecho por José Costa por la cantidad de 2500 ptas. En el catálogo del Museo con el nº 553 aparece la siguiente explicación:

“Carta de la parte correspondiente a la América que levantó el piloto Juan de la Cosa en el segundo viaje del descubridor genovés en 1493 y en la expedición de Alonso de Ojeda en dicho año. Sustraída de España, la poseía el barón de Walkenaer, cuyos testamentarios la vendieron en pública almoneda y la adquirió el Depósito Hidrográfico. Su director que fue el Sr. D. Jorge Lasso de la Vega, tuvo la condescendencia de que se depositase en este Museo, para que el público pueda ver un documento tan curioso y de mérito con relación a la época en que se hizo”

Con ocasión del IV Centenario del descubrimiento de América, Cánovas Vallejo y Traynor hicieron una edición facsímil litografiada en la imprenta de V. Faure en Madrid. 25 ejemplares eran en pergamino, numerados, sellados, e iluminados a mano con el precio de 500 pts; otros 100 ejemplares se hicieron en papel vitela y numerados y por último un numero de ejemplares indeterminado se hizo en papel satinado. Acompañando al facsímil iba un estudio de la carta<sup>11</sup> en español, inglés y francés.

En noviembre de 1936 cuando las tropas nacionales se acercaban a Madrid, el subsecretario de Marina recibió el encargo del gobierno de la república de enviar la carta, junto con otros objetos valiosos, a Valencia, donde estuvieron hasta finalizar la guerra en que volvieron según consta en los archivos del Museo Naval. Desde entonces la carta ha salido en muy raras ocasiones de su emplazamiento, una vez en 1952 a la exposición organizada por la Real Sociedad Geográfica en Madrid, en 1958 a la exposición del IV centenario de la muerte de Carlos V en Madrid y en los años 70 a Nueva York. La carta no ha sido nunca restaurada aunque hay un informe de 1976 del Centro de Restauración, indicando las actuaciones que se podían llevar a cabo pero finalmente se optó por no tocarla. En 1987 fue llevada al Gabinete de Documentación Técnica del Museo del Prado donde se analizó por medio de radiografías, rayos infrarrojos y fluorescencia ultravioleta. El resultado de estos análisis puso de manifiesto que los pigmentos utilizados estaban conformes con la fecha de realización y que no se apreciaba ningún repinte posterior. Aproximadamente en ese mismo año el cartógrafo del Museo Suárez Dávila terminó una reproducción de la carta hecha a mano y utilizando, en la medida de lo posible los mismos pigmentos que en el original, además de un estudio y recuperación de topónimos, tarea en la que empleó cerca de diez años<sup>12</sup>. Se había abordado esta ingente tarea con el fin de tener un cuasi original para el préstamo a exposiciones. Había quedado tan bien que el director del Museo D. Ricardo Cerezo decidió sustituirla por el original que estuvo tapado por la copia durante los años 1988 hasta 1992, lo que indujo a no pocas confusiones pues esta sustitución no se indicaba en el cartel explicativo que la acompañaba.

Antes de 1992 se realizó en el entonces Centro de Restauración y Conservación del Patrimonio Nacional una urna horizontal que mantiene constantes la humedad y temperatura, donde se expone, recubierta por un cristal que filtra los rayos UV y es a prueba de impactos. Esta forma de exposición horizontal que permite ser examinada desde todos los ángulos debió ser la usual en los talleres de los cartógrafos y los gabinetes de los geógrafos.

En 1992 se hicieron otros dos facsímiles muy bien conseguidos, uno lo hizo la Editorial Egeria con un estudio de Hugo O'Donnell y otro hecho por la Editorial Testimonio<sup>13</sup> con estudio de José Luis Comellas

Como detalle anecdótico señalar que en 1992 año hubo una comunicación al Ministerio de Cultura desde Lima ofreciendo en venta una segunda carta de Juan de la Cosa. El dossier que era poco creíble fue enviado al Museo Naval, donde se concluyó que la carta debía ser uno de los facsímiles hechos en 1892 en pergamino, aunque no tuvimos ocasión de examinarla directamente pues se perdió el rastro del poseedor.

Pasamos a hacer un breve repaso a la bibliografía que ha generado esta carta y las distintas controversias que ha suscitado. Como es obvio la parte que más se ha estudiado es América pues es donde la carta es innovadora; a continuación África y muy poco o casi nada Asia y Europa cuya descripción no aporta nada nuevo.

Podemos señalar tres momentos en los que el interés que ha suscitado su estudio se ha incrementado: El primero sería cuándo aparece y se da conocer al mundo científico por Humboldt, La Sagra, Jomard, el vizconde de Santarem y Fernández Duro, entre otros; el segundo con motivo del IV Centenario y el tercero en los años inmediatamente anteriores y posteriores al V centenario del Descubrimiento de América.

Un tema muy polémico fue la personalidad del autor, y se ha argumentado que había dos marineros en Puerto de Santa María con ese nombre, uno fue al primer viaje y otro diferente habría ido al segundo y hecho la carta. A favor de esta tesis estaban en los años cincuenta de este siglo Justin Winsor, Alicia B. Gould y George Morison, en contra Barreiro Meiro<sup>14</sup> y Ballesteros.<sup>15</sup>

Otro tema muy discutido ha sido la autenticidad de la carta y de la fecha debido a la forma extraña en que apareció, cuatro siglos después de su trazado, entre otras razones. Como ya hemos comentado, los análisis realizados en 1987 con todos los medios técnicos contradicen este supuesto<sup>16</sup>.

Los problemas de toponimia y la fidelidad del trazado de las costas americanas es otro tema recurrente. Pero ha sido en los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1992 cuando, auspiciados por el Museo Naval y desde su entorno se han hecho una serie de estudios en profundidad que en mi opinión han agotado el tema.

El primero que demostró con sólidos argumentos que la insularidad de Cuba no contradecía la fecha de la carta y que Juan de la Cosa fue con Colón a los dos primeros viajes ha sido el que fue subdirector del Museo Naval y renombrado historiador Roberto Barreiro Meiro. El anterior director del

Museo Ricardo Cerezo ha estudiado distintos aspectos de la carta desde 1987 hasta 1994<sup>17</sup>, entre los que se pueden citar la influencia del geomagnetismo en ella, la escala de la carta y ha desmontado con argumentos difícilmente refutables las distintas objeciones sobre la competencia de Juan de la Cosa como cartógrafo y navegante, haciendo notar que el autor consideró en su carta que estaba representando las tierras del Poniente de Asia y que había hecho siete viajes a las Indias, tres más que Colón.

Por su parte Hugo O'Donnell, también vinculado al Museo Naval, ha hecho un estudio para acompañar al facsímil de la editorial Egeria<sup>18</sup>. Este autor mantiene la tesis, con la que estamos en absoluto desacuerdo, de que Juan de la Cosa hizo un simple bosquejo mudo e incompleto de la parte americana, que luego fue completado y enriquecido con el resto del “mapamundi” por otro cartógrafo en España ya que la competencia científica de Juan de la Cosa era muy deficiente y el verdadero cartógrafo de estos primeros viajes era Colón, a cuyo descendiente dedica el trabajo.

El último trabajo en el tiempo —1995— es el de Fernando Silió, profesor de la Universidad de Cantabria, quien ha aplicado los modernos sistemas de información geográfica y de cartografía digital al estudio total de la carta, incidiendo en su escala métrica y su proyección cartográfica<sup>19</sup>.

## Notas

<sup>1</sup> Este aspecto de la construcción de la carta a dos escalas diferentes es demostrado con brillantez por Ángel Paladini en “Contribución al estudio de la carta de Juan de la Cosa” *Revista de Historia Naval*, nº 47 (1994) pp. 45-54.

<sup>2</sup> Esta opinión es mantenida por el profesor Jesús Varela en una obra sobre el descubrimiento del Brasil de próxima aparición.

<sup>3</sup> *Décadas del Nuevo Mundo*.- Madrid: Polifemo, 1989. Década II, cap. X, p. 158.

<sup>4</sup> *Examen critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent*.- París, 1839.

<sup>5</sup> La *Historia Política y natural de la Isla de Cuba* se publicó en París en 1861 pero sin incluir el mapa que comentamos.

<sup>6</sup> *Recollections of Mr James Lenox*, London, 1886.

<sup>7</sup> Bibliófilo estadounidense, fundador de la Carter Brown Library.

<sup>8</sup> Fundador de la New York Public Library.

<sup>9</sup> La carta de Cantino, anónima, se cree hecha tres años después de la de Juan de la Cosa y fue encargada por este italiano, residente en Lisboa para el duque de Este, apareció también en una subasta y está actualmente en la biblioteca Estense de Módena

<sup>10</sup> Suma muy elevada que en 1988, fecha en que se calculó, equivalía a 1.880.000 ptas.

<sup>11</sup> Vascano, A., *Ensayo biográfico del célebre navegante y consumado cosmógrafo Juan de la Cosa y descripción e historia de su famosa carta geográfica por Antonio Vascano. Obra impresa en español, francés e inglés, para acompañar al mapa-mundi de Juan de la Cosa que, como recuerdo del Cuarto centenario del descubrimiento de América, han publicado en Madrid los srs Cánovas Vallejo y Traynor*. Octubre 1892. - Madrid: Tipo-litografía de V. Faure, 1892.

<sup>12</sup> O'Donnell, *ob. cit.* ha incluido como apéndice de su obra los estudios toponímicos de Suárez Dávila.

<sup>13</sup> Segundo de Izpizúa, *Los vascos en América*. Historia de América. Vol. IV. - Madrid, 1918, pp. 231-233 da una lista de las reproducciones de la carta. Citado por Cerezo en *La cartografía náutica española de los siglos XIV, XV, y XVI*. - Madrid: CSIC, 1994, p. 111.

<sup>14</sup> *Juan de la Cosa y su doble personalidad*. - Madrid: Instituto Histórico de Marina, 1970, y *Revista General de Marina*, 1970 (T. 179) pp. 165-191

<sup>15</sup> Ballesteros Beretta, Antonio, *El cántabro Juan de la Cosa y el descubrimiento de América*. -Santander: Diputación Regional, 1987

<sup>16</sup> Nunn, George, *The mappemonde of Juan de la Cosa: a critical investigation of its date*.- Jenkintow: George H. Beans Library, 1934

<sup>17</sup> “La carta de Juan de la Cosa” (I) *Revista de Historia Naval*. Nº 39 (1992) pp. 31-48. “La carta de Juan de la Cosa” (II) *Revista de Historia Naval*. Nº 42 (1993) pp. 21-44 “La carta de Juan de la Cosa” (III) *Revista de Historia Naval*. Nº 44 pp. 21-37

<sup>18</sup> Hugo O'Donnell, *El mapamundi denominado “Carta de Juan de la Cosa”* Madrid: Editorial Egeria-Gabinete de Bibliofilia, 1992.

<sup>19</sup> *La carta de Juan de la Cosa 1500. Análisis cartográfico*. - Santander: Fundación Marcelino Botín-Instituto de Historia y Cultura Naval, 1995.